

CAPÍTULO VI.

No dejó Venegas que le dieran dos veces tal orden. Aceleradamente, y gozándose como todos los esclavos en las cortes de los déspotas, gozándose con orgullo en cumplimentar el ajeno deseo y hacer la voluntad ajena, personóse con gran pelotón de guardias en el mirador de Zoraya y comunicó á Illán la orden expresa é imperiosa de darse á prisión y pasar nuevamente á los sepulcrales calabozos. Imagináos un alma pura, que hubiese, mereciendo el cielo, entrado en las tinieblas infernales, y tras larga residencia en el centro de todos los dolores viese de nuevo con rapidez el cielo, y apenas visto, cayese de pronto en las antiguas tinieblas; imagináos un alma probada por estos cambios repentinos; y tendréis idea de cuánto sufrió en aquel minuto supremo Illán, cuya felicidad inesperada de algunos momentos, apareciéndose á sus ojos como definitiva y perdurable, le privó hasta de una defen-

sa, que si no hubiera evitado, quizás sí disminuído la rudeza del golpe. Al sentir que Venegas se lo asestaba resultando para él tan terrible la mano de quien menos debía esperarlo en verdad, la mano de antiguo compatriota, volvióse airado contra ella, y la maldijo, ya que no pudo morderla y devorarla en la natural intensidad y rabia de su fortísimo dolor.

—¿Cómo, eres tú, perro renegado, quien viene á concluir con el hombre fidelísimo á la religión y á la patria? Más te valiera irte á los infiernos en busca de los demonios impacientes por devorar tus maldecidas carnes, que venir aquí, en presencia de los tuyos, á turbar los amores legítimos de dos almas puras, y á oponerte á la salvación de dos castellanos como tú nobles, pero no como tú perjuros é infames, no como tú, capaces de olvidar su religión y su monarca: crímenes aquí pagados con la deshonra eterna y en el otro mundo con la eterna mal andanza.

—Mira, Illán, estás en mis manos y no debes provocar mis iras. Si fuese yo el único de tu raza y de tu clase venido á tierra de moros para servir contra los cristianos, podrías con fundamento quizás argüirme de perjurio y maltratarme con tus soberbias y atrevidas palabras; mas vuelve tus ojos á lo pasado y encontrarás allí reyes, prelados, príncipes que buscan la sombra de los minaretes sevillanos y cordobeses y que pelean esforzadamente contra su religión y contra su patria. Un Sancho el Craso corre á pedir salud y á ilumi-

narse con la ciencia y con el arte á las ciudades cordobesas; un Alfonso VI, recibe hospitalidad franca de los Almamunes en Toledo y en Sevilla de los Addibitas esposa para su lecho. El mismo Cid Campeador se pone á sueldo y servicio de los régulos syrios, berberiscos, yemenitas, que se alzan sobre las ruinas recientes del inmenso califato. Un hijo de San Fernando pasa el Estrecho, y se inscribe después de haber sido senador romano, y asentándose orgulloso en los consejos del Papa, entre los moros de Fez. El rey D. Alonso X, cuando le faltaba la tierra para sostenerse, la luz para ver, el aire necesario á la respiración, traicionado por su propia prole, vendido por sus hermanos, sin obediencia en sus súbditos, sin armas que le acorrieran y salvaran, cuando solo tenía Sevilla contrastada por la rebelión de todos sus demás pueblos, encontró en el Sultán de los benimerines el auxilio que no había encontrado en el pecho de sus vasallos y la misericordia que no había visto en su madrastra, la Iglesia de Jesús.

—No blasfeméis, Venegas—le dijo Zoraya.—No blasfeméis contra la religión de vuestros padres ni pongáis las debilidades y flaquezas de unos pocos como una espesa y negra sombra extendida sobre la gloria y sobre la grandeza de todos, pues el perjurio de algún desalmado y el tropiezo de algún infeliz ¡oh! no pueden, no, contarse ante las hazañas de siete siglos y los sacrificios de innumerables generaciones.

—Lo he dicho, Isabel, y he dicho la verdad. Ese hombre se mete por todos los pudrideros de nuestra historia para encontrar crímenes que le sirvan de alguna excusa, y que le cohonesten á los ojos de su alma las propias infamias. Pero todas esas excusas causan sus remordimientos. Lo he dicho y vuelvo sobre todo ello; más tranquilo estarías en el infierno y por los demonios azotado que en presencia nuestra, pues allí ablandarías un poco tu dolor con la consideración de que te lo daba é infligía la justicia. Entre nosotros ahora, cargado de favores y grandezas ¡oh! sientes lo que no puede menos de sentirse aun por los más faltos de conciencia, sientes que tú eres la traición premiada, el vicio victorioso, el perjurio engrandecido y satisfecho, el mal reinando como debiera el bien reinar; y vuelves contra ti en las interioridades hondísimas de tu propio sér y te detestas y te maldices á ti mismo. No invoques ejemplos que te condenan y que parecen puestos ahí en la memoria humana, para que resalten más el triunfo y el sacrificio de los buenos. ¡Oh! Nuestra patria, desde las cumbres de Covadonga hasta los mares de Cádiz y desde las sierras de Gibraltar hasta los muros de Fuenterrabía, está empapada en sangre de nuestras venas que ha servido para extinguir al infiel desalojado de todas nuestras ciudades, roto en todos nuestros campos, y ahora tan solo recluso en este nido de águilas que pronto le arrancaremos, á pesar de los esfuerzos de su valor y de las traiciones de tu per-

jurio, porque nos preceden aquí en la tierra vias triunfales cubiertas con los huesos de nuestros padres, y nos asisten desde los cielos altísimos las legiones sacras de nuestros innumerables mártires. Ya ves traidor, perjuro, renegado vil cómo resuenan estas bóvedas al eco de mi voz con los nombres de Jesucristo y de María, de Isabel y de Fernando, nombres que compendian en sus letras y en sus sílabas el recuerdo augusto así de la religión, como de la patria y que caen cual plomo derretido en tus fementidas orejas.

—Illán, Illán—dijo Zoraya volviéndose al joven cautivo, cuando éste hubo concluido y se pasó la fascinación ejercida por su heróica elocuencia.

—Te matarán, te matarán.

—¡Oh! No me importa si mueres tú conmigo confesando nuestra comun patria y fe.

—Ya sabes Illán que no he dejado un punto de confesarla en el retiro de los harenes, y que me hallo resuelta completamente á sostenerla como sangre de mi sangre y espíritu de mi espíritu hasta el fin postrero de mis días. Cree, pues, que Isabel, de Solís no faltará jamás á la religión de sus padres.

—Confíesala conmigo en este minuto verdaderamente horroroso y en presencia de ese hombre verdaderamente malvado.

—Yo la confieso contigo; yo contigo declaro que creo en cuanto cree nuestra madre la Iglesia; yo amo á Dios más que á mí misma; yo espero salvar-

me por mis obras inspiradas en la religión cristiana y por los méritos de Cristo bajado desde los cielos para redimirnos y rescatarnos á todos; yo seré siempre la rica hembra de Castilla, la hija de Solís, la sierva primero de mi Dios, después de mis reyes.

—Ven ahora chacal, ven á cebarte con tus uñas aguzadas, con tus dientes feroces, á cebarte gozoso en las entrañas de estos cristianos que morirán bajo tu alfanje para despertar y vivir en el seno de otro mundo mejor y entre las jerarquías formadas por los sublimes coros de los serafines, de los ángeles, de los arcángeles allá en la eternidad, Tu rabia está de tal impotencia seguida y aquejada que matándonos, concluyendo ahora mismo con nosotros dos ¡ah! solo puede conseguir en su impotencia irremediable abrirnos para siempre las puertas del Empíreo. Anda, remátanos, concluye de un golpe con estos míseros cristianos, que todavía no habrán espirado cuando se hallarán merced á tu bautismo de sangre en presencia del Eterno.

—Illán—dijo Venegas, mirando al joven héroe con la traidora mirada propia de machucho tigre,— Illán, jamás he pensado en uniros á Zoraya y á ti en la misma suerte.

—No la llames Zoraya; llámala como la llamaron sus padres, Isabel; y dale aquel cognomen jamás como el tuyo de Venegas manchado por la traición y por el perjurio. Como el desierto absorbe la lluvia sin refrigerarse á su contacto, el corazón tuyo, empedernido y cruel, absorbe las ideas y los

recuerdos sin por modo alguno enternecerse á las sublimes evocaciones de religión y de patria. Illán soy yo, Isabel es ella, como tú eres Venegas, mal de tu grado, y como no renunciamos á nuestras creencias, no renunciamos tampoco á nuestros nombres.

—Quiera ó no Isabel, han sellado su cuerpo con la marca de las mujeres árabes y le han puesto nombre señalado y bendecido en las tradiciones musulmicas; por consecuencia Zoraya pertenece como yo á la corte de los Sultanes.

—¡Oh! No. Entre nosotros hay diferencias que conocen los hombres y que aprecia Dios. La derrota de los míos háme traído hasta aquí, mientras á los renegados les traen su mala voluntad y su oscurecida conciencia. Tú has adorado el Dios de nuestros enemigos, mientras yo guardo intacta la fe de nuestros padres. Tú has entregado albedrío y razón á estos magnates sin empacho, mientras yo he conseguido arrancar alma y cuerpo á sus agudas garras. Pídotte pues, pídotte con verdadero derecho que no confundas alma con alma, ni apellido con apellido, ni creencias con creencias, ni á esta pobre mujer despojo de un terrible triunfo á bien subido precio comprado con quien abandonó la Iglesia de su religion, la casa de sus progenitores, la genealogía de sus recuerdos para venir á Granada y convertirse gustoso en cortesano de los Sultanes, implacables y feroces enemigos de la sangre que calienta nuestra vida y de la tierra donde yacen los huesos

de nuestros mayores. Isabel de Solís será siempre cristiana y española; mientras tú Venegas, serás siempre traidor y renegado.

—¡Oh! Isabel, Isabel—dijo Illán volviéndose como extático á contemplar el rostro de su amada, que parecía transfigurado por aquellos sus grandes sentimientos. ¡Oh! Isabel! Más bella, más encantadora, mayor moralmente que al combatir en guisa de amazona por tu Iglesia y por tu castillo ante los árabes airados, me pareces aquí, sobre la tierra infiel, bajo las estaláctitas cubiertas de blasfemias, en el aire balsámico de la sensualidad oriental y confesando á voces tu religión y siguiéndome á mí por los bordes oscuros del próximo martirio.

—Illán, ya te lo he dicho—exclamó con sorna Venegas, yo, en el deseo de atormentar á los que fueron ayer mis correligionarios y hoy son mis enemigos, he reclamado á quien podía dármelos, en virtud lo mismo de su derecho que de su poder, los dos principales cautivos españoles encontrados en las ruinas del castillo de Martos ó sean Zoraya y tú. Hé decidido mandarte á ti al calabozo ahora, y quizás después al verdugo. En cuanto á Zoraya, he decidido retenerla en este camarín donde, como ves, parece una diosa, para luego disponer de su persona y suerte á mi absoluto albedrío.

No ha menester al lector seguramente que le pintemos y encarezcamos el terror que se apoderó del alma de Zoraya, en vista de las amenazas del renegado. Todo cuanto le atraía la pre-

sencia de Hacem, le repugnaba la figura de Venegas. El uno, al fin y al cabo, se presentaba delante de sus ojos como un caballero musulmán fidelísimo á su religión y á su patria é impulsado por los deseos de un amor vehemente; mientras el otro se presentaba como un católico renegado, infiel á sus creencias, traidor á sus gentes, y solo movido por los deseos desordenados del sórdido lucro y del tirano poder. Hallarse á merced en aquel camarín misterioso, hallarse á merced completamente del moro á quien desconocía, pero en cuya caballería fiaba, parecía aún suerte próspera y bienhadada en comparación de la que podía resultarle de vendida y entregada por el hado á un traidor semejante, al infame Venegas. Así, en cuanto escuchó de sus labios la terrible sentencia que acababan de proferir contra los dos jóvenes, echóse á sus plantas, y dando un grito agudo exclamo.

—Piedad, piedad, piedad.

—¿La tenéis vosotros de mí,—preguntó Venegas,—cuando me dais en cara todo cuanto hiere mi conciencia y rebaja mi nombre?

—Isabel—exclamó Illán, cogiéndola por el brazo y levantándola con furor del suelo, no te arrojes, no, á las plantas de tal hombre. Ya que has aparecido como un héroe verdadero en todas las ocasiones de nuestra vida, no te muestres mujer y mujer débil en esta suprema ocasión. No ruegues, amenaza, porque nuestro Dios, el Dios de Covadonga, el Dios de Calatañazor, el Dios de las Navas, está

con todos nosotros sus fieles adoradores y no puede, no, prosperar los días de ese perro.

—Comprende Illán cómo nos encontramos en este momento pobres náufragos, al arbitrario y triste albedrío de ese hombre, sin más esperanza, sin más remedio que buscar en su apagado corazón los rescoldos fríos de antiguos sentimientos y las pavesas de extintos recuerdos. Déjame pues decirle que no lleve la crueldad con los suyos, con los que ayer fueron suyos, y de quiénes tan solo ha recibido gracias y favor, el mismo favor de la vida y del sér, hasta los extremos horribles de separarnos para perdernos. ¡Oh! no lo hará. Una palabra suya puede abrirnos estas puertas, verdadero sepulcro, una orden suya puede asegurarnos vida y libertad, hasta las fronteras donde se levanta nuestra patria y se adora todos los días á nuestro Dios: que diga esa palabra, que haga esa señal; y nosotros nos salvaremos de la desgracia y él rescatará quizás ante la misericordia de Dios sus enormes culpas.

—No pienses tal en tu bondad innata, no lo pienses ni lo creas de modo alguno; míralo ahí con la cobardía del zorro sumada tristemente á la crueldad del tigre. Mira sus labios contraídos por la ira y sus ojos relucientes al centelleo siniestro de la traición que mata y de la codicia que deshonra y que vende. No le pidas al diablo acción buena y al infierno esperanzas válidas. Ese hombre maldito se quema ya en el fuego de los remordimientos sin consumirse para que dure toda una eternidad su

tormento. Sus progenitores álzanse por la noche como sombras, y rodean su lecho y le miran con los ojos vacíos y cóncavos, y le hablan con las bocas desdentadas y cavernosas de sus esqueletos, preguntándole qué ha sido en su alma de la religión y de la patria. Sus hijos querrán mañana que les saquen de las venas toda cuanto sangre les haya él infundido; y sus descendientes de generación en generación transmitiránse como un vínculo maldito el horror á su memoria eterna, indeleble, inextinguible mancha de su raza. En este mundo no le querrá ni el suelo donde ha nacido, ni el suelo por cuya posesión ha perjurado. Y en el otro mundo los ángeles se cubrirán el rostro al oír su nombre maldito en la hora del supremo juicio, y Dios le precipitará con desprecio al abismo eternal donde no querrán su compañía los mismos condenados por no mancharse con su contacto en el infierno.

—Basta de paciencia—exclamó Venegas. ¡Ah de mis guardias!

Los guardias se presentaron al llamamiento con rapidez asombrosa, como si del suelo surgieran.

—Maniatad á ese hombre.

Y lo maniataron al momento, sin que pudiese oponer el heroísmo de Illán resistencias apreciables al número y fuerza de sus crueles enemigos. Un supremo adiós semejante al estertor supremo en terrible agonía surgió del pecho destrozado de aquellos dos infelices jóvenes heridos por la protervia de un español y de un cristiano.

—Ya estamos solos—dijo Venegas volviéndose á Isabel después que hubo ésta retenido un poco el amarguísimo llanto que la desgracia de Illán promoviera en su atribulado y herido sér.

—¡Oh! Yo no sé donde me hallo.

—Aquí, en este santuario hermosísimo donde seguramente no ha de faltarte cuanto de placentero y vívido pueda soñar el deseo.

—Placeres, vida sin la patria de nuestros mayores y sin la religión de nuestra fe. ¡Oh! No me hables de placer ninguno, después de haberme con tus propios labios hecho Venegas tan desgraciada.

—Perdona, perdóname. Si examinas todo lo sucedido en esta infeliz coyuntura, verás cómo resultan mi voluntad y mi conciencia juguete del destino.

—¡Oh! No excuses con ninguna fuerza extraña en cualquier modo á ti mismo, los propios inexcusables desvaríos. Por nada ni por nadie se pueden explicar crímenes, evitables fácilmente si la criatura se decide á preferirles la muerte. Quien puede morir antes que claudicar, no se justificará nunca de ningún acto.

Venegas suspiró tristemente al considerar la fuerza de todo cuanto Zoraya le decía en aquellos instantes verdaderamente críticos. Y Zoraya, por su parte, suponiendo con más ó menos razón á Venegas quizá enamorado de su persona, cuando había dicho que la tomaba en propiedad como la migaja caída del festín de sus señores, que recoge

un perro, extremó los argumentos expresivos de su firmeza en la voluntad á fin de disuadirle por completo si algún reflexivo intento de requerirla pasaba por su ánimo. Así, mirándolo de hito en hito, díjole con acento, en el cual resonaban la sinceridad y el sarcasmo artísticamente unidos, y con grande ciencia de la conversación, á lo extraño y singular de aquel extraordinario momento aplicada.

—Imagínate, Venegas, que movido por esa idea tuya de haber alcanzado, no sé por cuáles imaginarias cesiones, la propiedad absoluta de mi persona, te diera en mientes el capricho de tomar posesión. Pues no me lograrías, porque aún tengo dos recursos: primero matarte si para ello me daba naturaleza fuerzas; y después el segundo y supremo de matarme, al cual acudiría sin vacilaciones y sin repulgos.

—¡Oh! Está completamente Zoraya tranquila y serénate, porque ningún peligro de mi parte ahora te amenaza ni puede amenazarte. Mujer eres, bien capaz de sugerir por tu hermosa pasiones ardientes como el amor á corazones fríos como este corazón. Mas créete que hay aquí, en esta corte de la sensualidad y del placer, un alma que por ti suspira, y un príncipe que se halla rendido y encadenado á tus plantas. ¿Cómo quieres que pueda competir y porfiar con ellos, este misérrimo renegado, á quien vosotros mismos llamáis rebojo de la tierra, y que no lograría, sino atraerse iras, ó menosprecios peores que iras aún, si fijase

los ojos en tu persona? Nos llamamos privados, validos, vizires, ministros, lo que quieras, pero solo tenemos poder cuando servimos y complacemos la voluntad omnipotente de los déspotas á cuyo arbitrio nos hemos entregado y rendido. Por consiguiente, no temas de mí nada; y cree que si me han dado tu propiedad es tan solo para procurarse una próxima retrocesión y retroventa. Tú puedes conseguir lo que quieras, pues tengo precisas órdenes de cumplir tus deseos, como si fueran de suyo incontrastables mandatos. Habla pues, Zoraya, y serás inmediatamente obedecida.

—Pues mira, Venegas, ya sabes á ciencia cierta lo que yo con grande intensidad y viveza deseo.

—¿Qué deseas pues?

—Deseo; bien fácil es de averiguar, deseo la inmediata libertad pero inmediata, pronto, rápida, irrevocable del cautivo Illán.

—Se cumplirá tu deseo.

—Repítelo; porque no puedo creerlo. Tras tantas desdichas ¡ay! se hace duro creer en la dicha misma que tenemos ante los ojos y que aparece real ó efectiva.

—Mas ya comprendes que para concederte yo esa libertad tan apetecida por ti del pobre Illán, hé de pedir en cambio algunas concesiones verdaderas de tu parte.

—¡Oh! Entonces me has engañado, porque no resulta ni tan soberano mi deseo ni tan eficaz tu obediencia como antes me habías dicho.

—¿Qué quieres? Así las cosas de este mundo son. Me habré muy mal explicado, pero he dicho en suma que de ti, de tu voluntad, pende la suerte de Illán.

—¿De mí, de mi voluntad?

—Si tú accedes al deseo que otra persona, de quien ciertamente no te olvidarás ya, mostró aquí, en la hora de tu vuelta increíble al sentido y á la vida del sentido tras tu sueño letárgico, comprenderás una cosa fácil de comprender, que Illán vivirá sin duda libre de mazmorras y cadenas reintegrado en su hogar y en su patria.

—¡Oh! ¿Qué me dices?

—Zoraya, te digo lo que resulta de todas mis noticias; lo que se halla escrito en todos mis procedimientos; lo que poseo y tengo entre mis facultades. Illán será libre si tú quieres libertarlo; pero Illán morirá, y morirá esta noche misma, si tú resuelves quedarte por completo encastillada en tus crueles desprecios.

—Me hablas indudablemente á nombre del monarca mismo que reina en Granada, porque sólo á nombre de un monarca omnipotente se puede hablar así.

—¡Oh! No. El monarca está embargado en múltiples deberes, y no tiene tiempo, no, para consagrarse al amor.

—Entonces ¿cómo puedes ofrecer la libertad, la salvación de éste ó la vida y el sér de aquél? Sólo un rey dispone así del mundo, y sólo á nombre de

un rey se pueden decir y hacer tales cosas. Tú eres aquí emisario franco y claro del Sultán granadino.

—¡Oh! Zoraya, dígame que de medio á medio te has equivocado. Pensando así, aplicas á este reino lo mismo que te han enseñado. Aquí hay muchos poderosos y muchos magnates bajo la dirección de uno solo. Merced al quebrantamiento que las guerras civiles han traído, mermando la fuerza y destruyendo la unidad suprema del poder, miles de reyecillos surgen bajo las alas del rey singular y único y absoluto. No desconozcas la muchedumbre de magnates que mandan aquí donde tú misma, desde los apartamientos y retiros del haren, has podido enterarte de cómo imperan en la parte de soberanía caída por el fraccionamiento y ruina de todo, mujeres, cual Aixá y Moraima. Pues, si mandan mujeres, imagínate con qué imperio y con qué autoridad á su vez mandarán los que hayan prestado riquezas al poder empobrecido; los que hayan puesto algunos timbres de victorias reales en sus oscurecidos blasones; los que mantengan en la obediencia y en la sumisión á tribus indóciles y á territorios zozobrantes en la deshecha borrasca. No puedo, no, decirte quién sea el bastante poderoso y afortunado para perdonar y salvar en guisa de rey, cuando no pertenece á la categoría y á la estirpe de los reyes. Pero si no puedo, no, decirte quién sea, y sí asegurarte solamente que no es el monarca en modo alguno, puedo y debo añadir que su

poder prestado llega, no obstante su carácter de préstamo, hasta disponer de muchas facultades que le habilitan para matar ó redimir, según su grado, á ese mismo Illán, cuya vida tienes ahora en las manos y cuya muerte puedes tú misma decretar persistiendo en el desvarío de tus desdenes y de tus menosprecios.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Se vió en el mundo situación como esta? Para salvar á Illán tengo yo que perderme por toda una eternidad. Y si resisto, si en mi honor y en mi fe ¡ay! me aislo y encastillo, morirá el infeliz y morirá por mi culpa. Mas ¿cómo puedo yo, cristiana, española, rica-hembra, olvidar mi religión, mi sangre, mi honra, por la vida de un hombre que me agradecerá mucho más la muerte, sobre todo si le acompaño en ella, y muriendo á su lado y por su causa? ¡Morir! Término de todas nuestras penas, consuelo de todos nuestros dolores, puerto y seguro de todas nuestras tempestades, comienzo de la bienaventuranza, visión de Dios, la muerte quizá es el fin último de la humana desgracia y el comienzo de la eterna felicidad. Pero ¡Dios mío! ayúdame ahora en mi tristeza y dame con tu misericordia horror verdadero á la vida. Si yo pudiera morir, si por lo menos pudiera obtener de mi voluntad una repulsión verdaderamente invencible al aire que me vivifica y al sol que me alumbra y á la sangre que me anima y al corazón que da sus redoblados latidos en el pecho, moriría en el seno de las mayores y más vivas satisfaccio-

nes humanas, contenta con mi suerte, y segura de dormirme tranquila en la virtud para despertar gozosa y serena allá en el cielo. Mas yo quiero vivir. Es más, yo no quiero despedirme de la vida sin haber amado y sin haber amado mucho. Todo cuanto no sea el amor con que sueño, me parece ajeno á mi destino. Pero sacrificarle á ese amor, todo lo que constituye mi sér, aquellas creencias íntimas y profundas sin las cuales no tendría yo alma; este nombre que me ufana y orgullece porque representa la gloria de cien generaciones heroicas alcanzada en los campos de batalla; la patria de cuya sustancia vivo, y en cuyo regazo deseo dormir el sueño de la muerte; si todo esto he de sacrificarlo al amor, no quiero, no, amar en el mundo y aguardo resignada la hora de mi muerte. Muramos Illán y yo juntos; muramos Illán y yo siendo así héroes y mártires de nuestra religión y de nuestra patria. Pero ¡Dios mío! Si en vano la conciencia quiere dominar á la voluntad y la voluntad impeler á la fuerza y la fuerza dirigir la vida; todos estos elementos reunidos álzanse á una contra mí en tropel, y resultan ahora en este combate más fuertes y más poderosos que yo misma con todos mis deseos y con todos mis ímpetus. ¿Y puedo disponer de Illán á mi antojo? ¿Puedo condenarle á muerte sin misericordia? ¿Puedo privar á mi patria y á mi religión de un héroe? Yo debí haber muerto allá en el asedio de Martos para no pasar por esta grande angustia y no caer en este abismo. Resueltamente Venegas, mata como

quieras y cuando quieras al pobre compatriota mío, destinado por su adversa suerte al martirio. Yo de ningún modo puedo entregarme á un moro, ni puedo, ni debo, ni quiero.

—Tu voluntad se habrá cumplido. Luchas y luchas contra ti misma cuando estás vencida por tu corazón, y ardes en deseo de rendirte. Yo he comprendido por todo cuanto has dicho en mi presencia, por el combate que has con tanto esfuerzo en estos días terribles sostenido, por todo cuanto pasa y acaece, que no tienes fuerza bastante para vencerte á ti misma y que vas derechamente por el camino de una inevitable y suprema derrota. No luches más, Zoraya, no luches más inútilmente. Amas al moro y el amor ha cobrado su imperio sobre todo tu sér, y te ha vencido en esta singular batalla con una irremisible victoria. Tu pensamiento, tu recuerdo, tu afecto, tu fantasía son ya del moro. Después de haberle con tanta espontaneidad entregado lo que más en ti valía, no vaciles, no, en darle y entregarle de grado lo que menos vale. Ya eres suya por el alma, díselo con los labios. Si no lo fueras, ¿tendrías necesidad alguna de invocar tu fe, tu sangre, tu nombre, tu prosapia contra él? Te bastaría tu repulsión ó tu despego. Al fin, después de haber maldecido tanto de mí, vas á ser también tú ornato de los árabes y diosa de los serrallos, como yo soy guerrero del Islám y vasallo de Granada.

—Ne me insultes, Venegas; no me insultes. Acabemos de una vez. Muera Illán, puesto que así lo